

La persona que se forma, la persona que acompaña

Barragán de la Parra, Rocío

2016-06

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/2445>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LA PERSONA QUE SE FORMA, LA PERSONA QUE ACOMPAÑA

**Por Rocío Barragán de la Parra*

Luego de leer la Carta No. 37 *“La persona que se forma y la persona que acompaña la formación en la Pedagogía Ignaciana y en la Educación Jesuita”* escrita por varios autores en el marco de la Reunión de la Asociación de Universidades Jesuitas de América Latina, mejor conocida como AUSJAL; me pareció valioso compartir la mirada del Padre Adolfo Nicolás, General de la Compañía de Jesús, sobre el desafío de la Educación Jesuita de cara a los retos del mundo moderno y que implican una generosa oportunidad de redimensionar la relación entre el estudiante (la persona que se forma) y el profesor (la persona que acompaña).

Describir al estudiante **como “la persona que se forma”** es sin duda la conceptualización más cercana al **deber ser de la educación**, implica visualizar holísticamente la cualidad de ser humano en cada estudiante. Supone entender que el alumno se encuentra en desarrollo intelectual, afectivo, biológico, psico-afectivo y espiritual; comprender que este proceso es progresivo (y, eventualmente, puede retroceder antes de avanzar). También implica reconocer que en el mundo contemporáneo la mayoría de los jóvenes viven el fenómeno conocido como “adolescencia tardía”, que ha postergado sus procesos de madurez y compromiso en esa tensión de querer ser autónomos pero aún no han alcanzado la independencia económica, personal y profesional que les soporte esa responsabilidad; paralelamente han iniciado temprana o precozmente procesos de profunda responsabilidad como el ejercicio de su sexualidad, o el de administrar dinero (porque han salido a estudiar o a viajar) o manejar un vehículo y, por ende, se enfrentan a la responsabilidad de asumir las consecuencias que de ello derivan.

Viven y conviven en un ambiente complejo: crisis, descrédito y desconfianza en las instituciones y organizaciones, su razonamiento y capacidad para resolver situaciones cotidianas – o extraordinarias – está arraigada en el sentido emergente de la inmediatez, la respuesta instantánea, el mínimo conflicto y el menor esfuerzo. Por otro lado, son capaces de expresarse libre y espontáneamente; no temen a compartir aquello que piensen, sienten y desean; abordan sin timidez temas que anteriormente eran considerados como tabúes y ahora expresan claramente su opinión sobre temas como la homosexualidad, la corrupción o el aborto.

Sus relaciones personales son horizontales y simétricas; han sustituido la jerarquía vertical por una vinculación más esférica donde, además, predomina la era virtual, la conexión virtualidad y la preferencia por aquellos medios que generan asociación social digital y generan altos contrastes: jóvenes hipercomunicados pero físicamente solos y aislados.

La persona que acompaña, ésa es la concepción más profunda que todo aquel que se dice profesor o maestro debe tener de sí mismo y de su vocación. Se trata de sentir y experimentar el mundo del otro, reconocer sus experiencias, sus intereses y su realidad para desde ahí decidir dónde y cómo relacionarse, ¿cómo vincularse y para qué, con qué intencionalidad?

Entender al joven desde su realidad le permitirá al profesor generar empatía y vinculación, desde ahí entonces podrá fundamentar un proceso de aprendizaje significativo y cercano a la realidad y el contexto del alumno.

El profesor debe planear contenidos que alienten la toma de decisiones consciente y asertiva; poner en juego la libertad, las capacidades y el entorno del alumno; fortalecer su integralidad para que ayudarles a observar de forma sensible y consciente una nueva realidad desde la ciencia y el conocimiento. El primer paso sin duda es asumirse como el sujeto responsable del proceso formativo y comprender que los métodos, actividades y técnicas son sólo medios; y que la razón de ser está en **posibilitar el aprendizaje; el centro del trabajo está en el alumno.**

Un profesor que se asume como acompañante es capaz de respetar la pluralidad y dignidad del otro; privilegia la equidad, la igualdad jurídica y ciudadana e impulsa no sólo el cuidado del medio ambiente, sino el nacimiento o desarrollo del otro como sujeto ambiental. Testimonia con su ejemplo y congruencia, es generoso abierto y dispuesto. Su desafío es generar las condiciones para poner los fundamentos y oportunidades que le permitan al alumno vivenciar integralmente **experiencia, reflexión y acción.**

¿Qué necesita cada estudiante desde su contexto, qué piensa, cómo y para qué?, ¿cómo fundamento lo que observo para identificar la mejor manera de acompañarlo?, ¿cuál es el modo más útil, más nutricional para servir? Esto sólo se logra sólo si se está abierto a otras maneras de ser, de sentir, de relacionarse. Desarrollar la capacidad de concretar los buenos deseos en acciones concretas... tener en mente qué se siembra, qué se cosecha y para qué.

La autora es profesora de la **Universidad Iberoamericana Puebla**.

Este texto se encuentra en: <http://circulodeescritores.blogspot.com>

Sus comentarios son bienvenidos